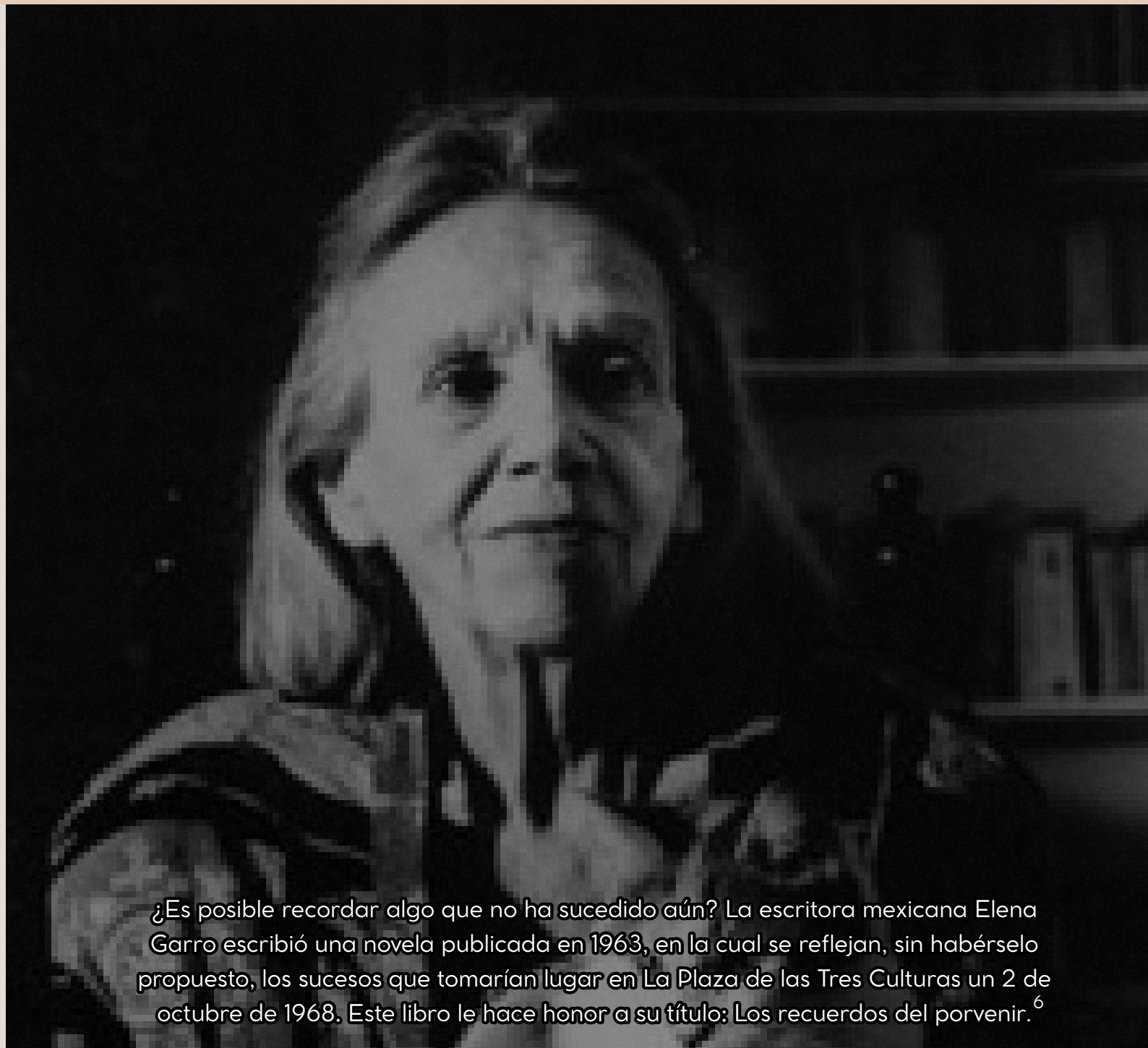
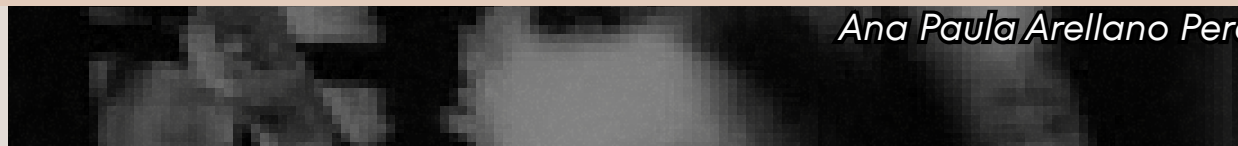




¿Es posible recordar algo que no ha sucedido aún? La escritora mexicana Elena Garro escribió una novela publicada en 1963, en la cual se reflejan, sin habérselo propuesto, los sucesos que tomarían lugar en La Plaza de las Tres Culturas un 2 de octubre de 1968. Este libro le hace honor a su título: Los recuerdos del porvenir.⁶

10

Si olvidamos el pasado, ni siquiera los muertos estarán a salvo.



Ana Paula Arellano Pereti y Milton Valtierra.

La historia se sitúa en Ixtepec, un pueblo ficticio en el que el tiempo no pasa, y si lo hace, es de una forma que no entenderíamos mediante los minutos y las horas de un reloj común. Son los años 20 del siglo XX y el pueblo es gobernado por un cruel cacique, Francisco Rosas, quien constantemente ordena ejecuciones extrajudiciales y quien se le oponga, desaparece. El pueblo calla por miedo y al día siguiente es como si nada hubiera pasado.



La narración va de la primera persona plural, el pueblo, a la tierra misma sobre la que la gente camina. Se entrelazan las historias personales de personajes como Isabel y Juan Moncada para revelar cómo la injusticia social queda grabada imborrablemente en la memoria personal, pero también de la comunidad.

Elena Garro es una figura importante en el activismo político de los años 60 en México. Se involucró en luchas por la injusticia social, como la recuperación de las tierras para los campesinos de Morelos y señaló a los terratenientes responsables por el despojo de dichas tierras. ¿Pero cómo es que, fuera de lo periodístico, una novela refleja la brutalidad del 2 de octubre? En nuestra lectura de fragmentos del libro y algunos comentarios sobre la obra, encontramos que la intención de Garro era utilizar el tiempo cíclico para mostrar cómo hechos violentos se perpetúan históricamente. Ella se inspiró en los sucesos de la Revolución mexicana y de la Guerra Cristera, en donde el Estado hizo promesas que nunca cumplió y silenció a quienes alzaron la voz.

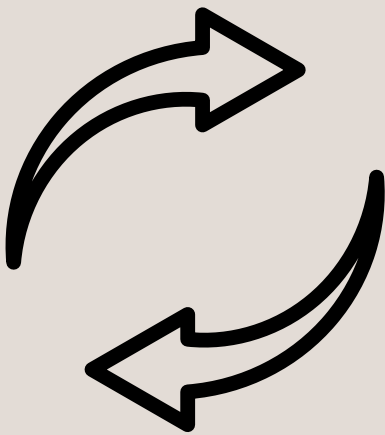
De manera similar ocurrió en el 68, pero esa no es la única similitud: quienes guardaron las memorias de lo sucedido en un inicio no fueron los medios dominantes, como la televisión, la radio o el periódico; sino los estudiantes, familiares y el mismo espacio del cual, quienes vivieron esto, se apropiaron para contar su historia. Llevaron a cabo una subversión de la narrativa al enfrentar el poder mediático mayor y desafiar la voz del Estado.





La plaza de Ixtepec es el escenario de las ejecuciones públicas. Ha presenciado la muerte, el renacer y los fantasmas del pueblo. Asimismo, la Plaza de las Tres Culturas es el lugar de la masacre. Simboliza la confluencia de historias de un pasado prehispánico, colonial y moderno, manchadas por la sangre.

Garro le da la voz a aquellas personas que fueron censuradas: indígenas, mujeres, desaparecidos y desaparecidas. Esto se vincula con algunas ideas del filósofo alemán Walter Benjamin, especialmente en Tesis sobre la historia.



En la tesis número VI, Benjamin hace alusión a que, si el “enemigo” vence, ni siquiera los muertos estarán a salvo. Para él, es necesario “encender en el pasado la chispa de la esperanza”, pero ¿a qué se refiere con esto? Regresemos a cómo Garro maneja el tiempo en su historia: en ciclos. Los hechos violentos parecen perpetuarse y esto hace que el tiempo parezca no transcurrir.

De acuerdo con la tesis de Benjamin, el poder hegemónico, o cualquier estructura de poder que pretenda ser impuesta, procurará que se tenga la misma perspectiva, aquella que mejor justifique sus acciones. Por ello, opera mediante un borrado de memoria y altera aquellos actos violentos para que se vuelvan legítimos.

Esto se vincula con lo que menciona más adelante en la tesis VII: “No hay documento de cultura que no sea a la vez un documento de barbarie”. ¿Qué significa esto? Que cada cosa que hoy se considera parte de nuestra cultura, fue impuesta, en su momento, de manera violenta. Pero no solo eso, sino que el querer sostener algo sin justificación alguna y sin la posibilidad de cuestionarlo, es un acto de sometimiento. Pensemos en las tradiciones que hoy nos son inofensivas, incluso bellas, que fomentan la comunidad e identidad nacional, pero que tenemos como resultado de la conquista. Por ejemplo, las pastorelas, que fueron en origen un proyecto colonial para evangelizar y con ello borrar la identidad indígena.

Tanto Elena Garro, como Walter Benjamin y los mismos sucesos de Tlatelolco hacen el llamado a que la memoria sea habitada, pero no a partir de lo que se considera legítimo desde una estructura de poder dominante, como el Estado, sino por medio de los testimonios de las personas a las que se quiso borrar. Es necesario narrar desde la perspectiva de quienes sufrieron la violencia, no de quienes la ejercieron. Esto permite generar fisuras en un mecanismo que quiere abarcarlo todo, y es lo que posiblemente permite romper el ciclo de violencia que pretende ser perpetuado para mantener todo “como debe ser”.

6 Como una idea extra, una persona del equipo de revisión nos habló de otro texto de Elena Garro, uno llamado *El complot de los cobardes*, donde este trabajo sí está directamente relacionado con el suceso del 2 de octubre. Sin embargo, pues cuestiones de espacio en este formato, sólo lo dejamos como una nota curiosa.